

Instituto de Investigaciones Gino Germani - Terceras Jornadas de Jóvenes Investigadores

Ejes analíticos – problemáticos que se abordan en la investigación:

1) Identidades/alteridades.

Título del trabajo:

(Homo)Sexualidad(es) en las clases populares: travestismo.

(O ¿Por qué no hay travestis en las clases medias y alta argentinas?)

La travesti como sujeto popular y la prostitución como práctica popular.

Nombre: Matías Marcelo Hessling

DNI: 29.737.294

Dirección: San Luis 3376 – 3 H

Código Postal: 1186

Localidad: Ciudad Autónoma de Buenos Aires

E-mail: matiashessling@yahoo.com

vivamatias@hotmail.com

Teléfonos: 4864-2102 / 1551-33-6326

Afiliación Institucional:

• Estudiante en el 5º año de la Carrera de Licenciatura en Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

• Investigador Estudiante del proyecto 4-17678- Universidad de Buenos Aires – Ciencia y técnica (UBACyT) S072 – “*Cultura Popular, aguante y política: Práctica y representaciones de las clases populares urbanas*”– Director: Dr. Pablo Alabarces. - Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires - 2005.

• Investigador Estudiante del Proyecto CONICET-PIP 6409/05, 2005-2006, *Cultura Popular, “Aguante” y Política: Prácticas y representaciones de las clases populares urbanas*. Director: DR. P. Alabarces. – 2005

***(homo)Sexualidad(es) en las clases populares: travestismo.
Matías Hessling. Buenos Aires. 2005***

Abstract:

A partir de un trabajo de encuestas sobre VIH-Sexualidad¹ realizado a travestis en estado de prostitución; y entrevistas personales en la Ciudad de Salta, comencé a indagar sobre la relación entre el ser “travesti” y el entramado socio-cultural contemporáneo a través de las categorías de identidad de género, cuestiones de clase, sentido común; y sobredeterminismos biologicistas y/o culturalistas. Mi hipótesis es que las competencias culturales de las clases populares, no permiten reconocer a la homosexualidad en el hombre (biológico/cultural) como un tercer valor que puede ser masculino (cultural), y se ve obligado a realizar su deseo solo a través de la feminización de su ser. Al mismo tiempo la travesti que se prostituye es el único sustento de las familias de clase baja, situación económica que le otorga poder y legitimidad en la familia; y quiebra las formas instituidas de concebir lo masculino y lo femenino. En este trabajo pretendo reconstruir un proceso de *trans-generización* de un sexo biológico a una identidad genérica que es y no es al mismo tiempo, masculino/femenino; biológico/cultural, observando las diferencias con otras identidades de género, e indagando sobre las particularidades de la travesti sujeto popular, tratando de responder: *¿Por qué no hay travestis en las clases medias y alta argentinas*

¹ Trabajo de Encuestas realizadas en diferentes ciudades de Argentina para relevar la población Gay, Lésbica y Travesti de acuerdo a sus prácticas sexuales, prostitución y VIH-Sida. Trabajo de investigación de Nexo Asociación Civil, para GIGA - Buenos Aires Argentina, 2004.

Índice de apartados

1- Introducción.

1.1 - La fenomenización del travestismo: diversidad y diferencia sexual (y de género).

1.2 - Revisión histórica: la moral judeocristiana y el psicoanálisis.

1.3- El círculo de virtuosismo y sus movimientos complementarios: *el culturalismo biologicista* y el *biologicismo culturalista*.

1.4- El dominocentrismo como parte del círculo de virtuosismo. Base para enfrentar los estudios sobre identidad de género legitimistas.

1.5- Hiperadjetivación y naturalización de los comportamientos culturales: “lo sano y lo fresco” frente a las condiciones materiales de existencia.

2- Competencias culturales en las clases populares, núcleo familiar y cuestión de legitimación.

2.1- La elección de lo necesario : el gusto de ser travesti.

2.2- Cuestión de clases y legitimación. Concentración de poder cultural en los medios.

3- La travesti como fuente económica y la construcción del espacio simbólico.

3.1- Economía travesti y valores de mercado.

3.2- Sociabilización de los sexos y desviación sexual.

4- El cuerpo travesti: el cuerpo del delito

4.1- La prostitución; ¿táctica o estrategia?

5- Esbozo de una conclusión.

5.1- El travestismo: ni esencia ni sustancia, una práctica.

(Homo)Sexualidad(es) en las clases populares: travestismo.

(O ¿Por qué no hay travestis en las clases medias y alta argentinas?)

La travesti como sujeto popular y la prostitución como práctica popular.

“Ciertos españoles hallaron en cierto rincón de una de las dichas provincias tres hombres vestidos en hábitos de mujeres, a los cuales por sólo aquello juzgaron ser de aquel pecado corrompidos (sodomía) y no por más probanza los echaron luego a los perros que llevaban, que los despedazaron y comieron vivos, como si fueran sus jueces”.

Fray Bartolomé de las Casas, Santo Domingo, 1530

1- Introducción.

1.1 - La fenomenización del travestismo: diversidad y diferencia sexual (y de género).

Desde hace un tiempo se puso en boga hablar de homosexualidad, y particularmente en Argentina del travestismo como “fenómeno”. Principalmente los medios han *fenomenizado*, gracias a la relación del travestismo con la prostitución, a esta “forma” de expresar una sexualidad que se diferencia y queda al margen de las formas “conocidas”, aceptadas y legitimadas de(l) ser sexual, de la identidad sexual y de género que se instituyeron como “lo natural” durante mas de 2000 años desde el origen y consolidación de la moral judeocristiana, y que fue profundizada con la invasión del psicoanálisis sobre todo el tejido social occidental. Es importante destacar que mis referencias y conjeturas siempre se contextualizan en el ámbito socioeconómico de la República Argentina entre los años 2003 y 2005.

A través de diversos trabajos particulares y académicos en los que abordaba la temática de la Diversidad Sexual, así como también durante el desarrollo de la cursada de este seminario², he elaborado y conjeturado hipótesis acerca de la problemática relación entre el ser “travesti” y el

² Hago referencia al Seminario de Cultura Popular y Masiva de la currícula de la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, para el que preparé este artículo en febrero de 2005.

entramado socio-cultural contemporáneo que no *comprende* la diferencia, y por ello la margina o la explica desde un sentido común; que muchas veces llega al ámbito académico puesto que no se tienen presentes ciertas variables, como identidad de género, pertenencia de clase y contextos históricos-culturales que se sedimentaron con el paso del tiempo.

1.2 - Revisión histórica: la moral judeocristiana y el psicoanálisis.

La moral judeocristiana dio origen a lo que llamo el *culturalismo biologicista* que naturalizó una sobredeterminación, es decir que llevó al plano de lo cultural (una construcción humana) un hecho propio de la naturaleza biológica del ser humano como especie: la genitalidad masculina/femenina y la función reproductora de esta; convirtiendo al ser hombre/mujer y sus identidades de géneros (las cuales son culturales) como reflejo de una naturaleza biológica (la genitalidad). La religión (La Iglesia) con su gran influencia enquistó esta visión en todo Occidente, abarcando a la Ciencia y al Estado.

A principio del Siglo XX se origina, lo que luego se transformará en complemento del movimiento iniciado 2000 años antes: la psico-psicología o psicoanálisis, que al diseminarse como nueva creencia absoluta en el entramado social (con mucha éxito en las sociedades eurocentristas como la Argentina), desvirtuó su potencial científico convirtiéndose en un *biologismo culturalista*. Este sobredeterminó instancias culturales como innatas del ser humano; explicando por ejemplo, la identidad de género como si esta fuera biológica profundizando la sumisión del *ser femenino* por debajo del *ser masculino*.

Ambas corrientes formaron un círculo de virtuosismo que delimitaron márgenes del ser posible y puntos de vistas que enarbolaron valores morales totalitarios que se plasmaron en el lenguaje y su uso. Ambas visiones construyeron y solidificaron las identidades de género clásicas, conservadoras, holísticas y totalitarias; estableciendo lugares y formas inquebrantables.

El y La **travesti** vienen a quebrar estas formas entrecruzadas de concebir lo masculino y lo femenino, pudiendo llegar a ser revolucionario, y a subvertir el orden preestablecido. De hecho lo hace, pero el/la travesti no es consciente de ello.

A partir de numerosas entrevistas con travestis femeninas, (sexo biológico masculino, identidad de género femenina) y con una iluminadora lectura de diferentes textos propuestos por la cátedra³, entre ellos el de Bourdieu “*La elección de lo necesario*”⁴; he podido reconstruir un hipotético proceso de transformación (*trans-generización*) de un ser de un sexo (biológico) a una identidad genérica diferente de ese sexo nato, que puede ser corroborada empíricamente.

Las competencias culturales de las clases populares (bajas), como el machismo y la fuerte ponderación del deber ser del hombre y la mujer (sobredeterminados biológico-culturalmente) no permiten reconocer a la homosexualidad en el hombre como un tercer valor que puede ser masculino (cultural), es decir el hombre (género masculino) que tiene como objeto sexual a otros hombres (género masculino). Se ve obligado a realizar su deseo solo a través de la feminización de su ser. Es por ello que el homosexual hombre no tiene la capacidad para pensarse como masculino, y solo ve como vía para satisfacer su deseo y lograr cierta “aceptación social” de su entorno, la feminización de su cuerpo y de sus formas de comportamiento. Así puede llegar a encontrar un lugar en su espacio de pertenencia.

Hablo de espacio de pertenencia porque a diferencia de las creencias comunes y hechos fácticos sobre discriminación y marginación de la travesti, ésta no se da enfáticamente (como se quisiera creer) en la clase baja, tanto como lo es efectivamente en la clase media y alta. Acá nos acercamos al tema de la prostitución relacionado con el travestismo, puesto que desde mediados de la década de los noventa la travesti que se prostituye es el único sustento de las familias de clase baja, por lo que esta situación económica le otorga cierto poder y respeto por parte de los demás integrantes de la familia, que ya no ven como “perjudicial” en este integrante del núcleo familiar su homosexualidad, su travestismo y su estado de prostitución.

Muchos interpretan que el objetivo final del travestismo es la transformación total de su genitalidad en el sexo opuesto (biológico) al que nacieron. Esta (errada) interpretación se la debemos al circuito complementario entre biología y cultura ya detallado. En este proceso de transformación, el/la protagonista experimentan con su cuerpo, se apropian de él, deciden sobre el,

³ Ibid. Anterior.

⁴ Bourdieu, P. “La elección de lo necesario”, en *La distinción*, Ed. Taurus, Madrid, 1979

es un cuerpo que va mucho más allá de un cuerpo tecnificado e imitativo. El ideal del cuerpo travesti no está definido en el inicio, es una incertidumbre.

Cuando hago referencia al travestismo como revolucionario hablo de esa indecisión, que en realidad es una decisión de quedarse a mitad de camino entre el cuerpo biológico masculino y femenino, que crea una nueva identidad de género; un tercer género (no tercer sexo biológico) que no se puede nombrar porque no existe en el lenguaje. La categoría de travesti o trasvestido no existe como tal, ya que ésta hace referencia a un “disfraz”, “a hacer de” y no se corresponde con la identidad signifiante real de el/la travesti. Esta es una categoría represora que nombra a ese otro “extraño”, diferente a los sexos (culturales y biológicos) femeninos y masculinos, y es por ello que es necesario dejar de lado esta categoría y hablar de **trans-género** hasta que se encuentre un tercer género morfológico discursivo para nombrar a la diferencia por su esencia y no por su negativa.

A pesar de todo lo expuesto, el travestismo puede también ser abordado desde una perspectiva “feminista”, puesto en que muchos casos es reflejo del machismo imperante y la denigración de lo femenino y la mujer. La travesti que construye su cuerpo desplaza al cuerpo biológico femenino.

Estoy seguro que las postulaciones de este artículo no son suficientes para un tema tan complejo como lo es la identidad de género. Si embargo a partir de este anclaje intentaré abordar diferentes ramificaciones de esta problemática, haciendo referencia al travestismo en los medios (en Argentina) que aparece en televisión 10 años después de que el travestismo ya es “aceptado” en una familia de clase baja; y al hablar de clases tomo el texto de S. Hall⁵ así como también para hablar de legitimaciones; los textos de M. De Certau⁶ y B. Sarlo⁷ para hablar de tácticas y estrategias (la construcción del cuerpo travesti y la prostitución, y su relación con un mercado económico travesti). Una última ramificación posible de contemplar es la que hace referencia a la inclusión/exclusión social de la travesti que se politiza con su cuerpo. Las travestis fuera del estado de prostitución dejan de ser “ sujetos populares” para hacerse cultas. Se hacen conscientes de su condición al

⁵ Hall, S. “Notas sobre la deconstrucción de lo popular”, en Samuels, R (Ed.): *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Ed. Crítica- 1984

⁶ De Certau, M. “Introducción”, “Culturas Populares” y “Valerse de usos y prácticas”, en *La Invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana, México - 1996

⁷ Sarlo, B. “Retomar el debate”, en *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI - 2201

politizarse y dejan el cuerpo grotesco, lo censuran y en cierta forma *lo aburguesan* en un ámbito como la política en Derechos Humanos. Son los casos de Lohana Berkins y Marlene Wayar, travestis activistas que al negociar con un *establishment* político pierden la fuerza revolucionaria y de quiebre al insertarse en un sistema ya establecido.

Es tal la negación de este tercer valor de género que mi artículo en Word esta plagado de subrayados rojos e intenciones programadas de imponerme el masculino al término travesti(dos).

1.3- El círculo de virtuosismo y sus movimientos complementarios: *el culturalismo biologicista y el biologicismo culturalista.*

El empleo del término “cultura” como definición del conjunto de actitudes, creencias, patrones de comportamientos, etc., propios de la clase subalterna en un determinado periodo de tiempo histórico; es relativamente tardío y es un préstamo de la antropología cultural a los estudios culturalistas ingleses. Al plantearse la relación entre una cultura subalterna y una cultura de las clases dominantes, Guinzbourg⁸ pone en duda esta relación jerárquica a partir del concepto de circularidad.

Aun hoy existe una difusa concepción aristocrática de la cultura. Ideas o creencias originales se consideran por definición producto de las clases superiores, y su difusión entre las clases subalternas como sufridas por tales ideas o creencias en el curso de su transmisión. Esta valorización de La Cultura da origen al círculo de virtuosismo. El problema cambia de perspectiva si nos proponemos estudiar no ya la cultura producida por las clases populares, sino la cultura impuesta a las clases populares, comprendida en ambos movimientos del círculo de virtuosismo. Definimos virtuosismo como aquella gran habilidad técnica, naturalizada, para producir cierto efecto que se estima (la virtud), como buena valorativamente; es decir una moral entendida como buenas costumbres, o simplemente un moralismo.

Esta virtud cultural alimentó durante siglos una visión del mundo imbuida de determinismo, de portentos y ocultismos, que habrían impedido la toma de conciencia a la clase popular de su propia condición social y política.

Si bien Guinzbourg califica de absurda la identificación de la “cultura producida” por las clases populares con la cultura impuesta a las masas populares; y descalifica la cultura popular original y autónoma, infiltrada por valores religiosos basados en la humanidad y la pobreza de Cristo fundida con lo (sobre) natural; es posible ver como este movimiento determinista ha dejado huellas que hoy se perciben, que están incorporadas sin una imagen estereotipada visible puesto que atraviesa todo el tejido social. La misma idea de reciprocidad y mutua influencia cultural del concepto de circularidad nos da fundamento para establecer la incidencia social y cultural de los movimientos culturalistas y biologicistas. *“De la cultura de su época y de su propia clase nadie escapa, sino para entrar en el delirio y la falta de comunicación. La cultura, así como la lengua, ofrece al individuo un horizonte de posibilidades latentes”*⁹, una atadura flexible pero indivisible para ejercer su “ser en la sociedad”, dentro de ella pero con una libertad altamente condicionada. En las clases populares esto restringe y oprime a la homosexualidad masculina, pero posibilita el travestismo por esa misma flexibilidad que es quebrada corporalmente.

El desfase entre textos y lecturas es una dicotomía permanente pero aparente que nos remite a una cultura unitaria, en la cual se hace difícil operar con cortes precisos; y más aún en la cultura popular donde a través del mecanismo de circularidad se transforma, solidificándose en una mentalidad de época que es interclasista a pesar de que cada clase tenga sus capacidades culturales que permiten un mayor o menor flexibilidad de libertad condicionada.

1.4- El dominocentrismo como parte del círculo de virtuosismo. Base para enfrentar los estudios sobre identidad de género legitimistas.

Los estudios sobre el espacio social que reducen lo distintivo de las clases populares a lo selectivo y no retienen como pertinente nada más que las prácticas más “raras”, tiende a indiferenciar las diferencias, las variaciones y las oposiciones que si se las tomara en cuenta, se podría construir a partir de ellas, un espacio social de los gustos populares mucho más amplio y crítico. Esto ocurre con el biologicismo culturalista en el psicoanálisis al negar la identidad de género travesti y considerar solo lo que se reduce al supuesto del deseo de una construcción identitaria

⁸ Guinzbourg, C. “Prefacio” a *El queso y los gusanos*, Ed. Muchnick, Barcelona - 1981

⁹ Guinzbourg, C.; *ibid.* Pag. 18

sexual: el de ser mujer. Las perspectivas legitimistas generan una ilusión de homogeneidad de las clases y las culturas dominadas. Grignon y Passeron dicen, que definida con referencia exclusiva al gusto dominante negativamente de desventajas, exclusiones y ausencias de opciones¹⁰; la cultura popular es establecida como carencia y no-cultura entendiendo la vida social como una escalera que va de distinciones (en la clase alta) a privaciones (en la clase baja) que implican pasividad.

Los estudios sociológicos legitimistas establecen una doble correspondencia por un lado entre las clases populares, las necesidades biológicas elementales y primarias, y los consumos y los gustos más comunes; y por otro lado en un punteo opuesto, entre las clases dominantes, las necesidades materiales y los gustos más depurados. El biologicismo culturalista sobredetermina este modelo que se asienta en el dominocentrismo dividiendo contenidos primitivos y necesidades complejas impresas en organismos naturales y no en clases condicionadas materialmente. En el orden simbólico de los gustos desde esta perspectiva, se establece una jerarquía donde al hablar de ellos se sale del orden de la cultura para perderse en la “naturaleza” en un doble movimiento virtuoso. Si la cultura popular es indecible, también es impensable, y esto es lo que sucede con el travestismo como género. El modo de vida de las clases populares se reduce al nivel de vida en una visión uniformada y simplista de las tendencias en las prácticas como mecánicas y limitadas.

El uso de las entrevistas y las encuestas como metodología de análisis permiten observar las variables que amplían el campo de visión no en solo en función de la residencia sino que también en función de un origen social que condiciona las prácticas. *“Todo permite pensar que esas variaciones no reenvían solamente a condiciones y medios de vidas diferentes, sino también a hábitos, experiencias acumuladas y transmitidas de las condiciones de vida y de los modos de adaptación”*¹¹.

Esta cuestión nos conduce a plantearnos la posibilidad de hablar de “propiedades” de los que nada poseen. De pensar si podemos hablar de capitales a medida que descendemos en la jerarquía de clases. Las travestis trasponen esta idea de propiedad de capital real, a su cuerpo y al espacio público del cual se apropian al ejercer la prostitución. Es por esto que si observamos el Código de Convivencia Urbana establecido en la ciudad de Buenos Aires como regulación de las prácticas en

¹⁰ Grignon, C. y Passeron, J. “Dominomorfismo y dominocentrismo”, en *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires – 1991.

la vía pública en 2004, vemos que es un instrumento de dominación y expropiación del capital real y simbólico de las travestis en estado de prostitución.

Si partimos del estudio de las condiciones materiales de existencia, es posible demostrar que las variaciones del gusto popular corresponden a configuraciones de restricciones y de recursos, de desventajas y contra desventajas que varían según grupos y subgrupos. Pero estas condiciones están lejos de ser unívocas y terminantes en una sola dirección, son mas bien ambivalentes dicen estos autores, porque lo que son plausibles de una doble lectura. Los ambientes de vidas y, de trabajo, son sufridos pero al mismo tiempo elegidos. Sufridos en la medida en que están ligados a una posición que es resultado de un “destino” social; y elegidos en la medida en que se corresponden con estrategias que incitan a obtener condiciones de vida en lo posible, alejadas de los hábitos y gustos contraídos (y construidos) en el medio de origen. La prostitución callejera puede ser descripta como una carga, pero también un descanso, como un placer desinteresado para el que no cuenta ni el tiempo ni el esfuerzo dependiendo en cada caso del individuo que se disponga en esta práctica cultural.

Cuando se excluye a las clases populares de la esfera de La Cultura y de la sociedad, se las considera como no-culturas, es decir como “culturas naturalezas”. Por esto “el gusto por necesidad” no puede ser naturalizado, sino que sólo puede ser visto como respuesta mecánica a un sistema de restricciones, de limitaciones que reducen a cero las posibilidades de elección; y esta perspectiva nos puede permitir explicar el origen de la prostitución como práctica popular.

El gusto popular puede encontrarse reducido a los indicadores externos como consumo y prácticas, así como también designar la relación que los actores mantienen con sus prácticas. El gusto refleja los mecanismos de exclusión a los que los actores son condenados, y que se vuelve una simple emanación sin consecuencias para la explicación de lo evidente en la vida cotidiana a los ojos de las perspectivas legitimistas.

1.5- Hiperadjetivación y naturalización de los comportamientos culturales: “lo sano y lo fresco” frente a las condiciones materiales de existencia.

¹¹ Ibid. Pag. 101

Muchos autores han tomado, y siguen tomando, solo criterios culturales para definir a la clase trabajadora, sin hacer hincapié en lo económico, tomándola como un estado de naturaleza. Plasmando sentimientos y adjetivos que no definen la clase en relación con otras sino en si mismas, hablando de culturas “sanas” con sentido común, y sin tomar en cuenta las minorías dentro de la misma clase. Desde esta perspectiva conservadora se toma a la cultura urbana de masas como menos “sana” que la cultura primitiva que intenta reemplazar.¹² Se analiza a esta cultura en su uniformidad y no se reflexiona sobre el porque de ciertas diferencias, la instauración de valores propios (considerados naturales) como si estos fuesen genéticos, y no lugares comunes cristalizados en prácticas cotidianas generacionales.

Se justifica las prácticas de los grupos apoyadas en figuras sentimentales valorativas que definen a la clase trabajadora como tal. Se naturaliza la función del grupo y dentro de él, desde una perspectiva conservadora del modo de vida que impide la aceptación de la inclinación por alguno de sus miembros al cambio, imponiendo una presión social que se manifiesta en el conformismo que limita el horizonte de expectativas. “*La estructura del habla popular sigue de cerca el movimiento de las emociones*”, dice Hoggart.

Con respecto a la sexualidad y su práctica, la visión de ésta se asienta en un mandato moral arraigada en general a las concepciones religiosas que han imbuido las respectivas culturales populares, y al mismo tiempo pone en un lugar determinado a cada género biológico-cultural a través de pautas preestablecidas que no dejan lugar al imprevisto en un modo de vida que no tiene porque cambiar. Este *culturalismo biologicista* se asienta en frases que naturalizan esta forma de existencia como por ejemplo “*la vida es así para la mayoría*”; “*son las pruebas que Dios nos manda*”. Muchos autores culturalistas reivindican las competencias culturales de las clases populares sin indagar críticamente en la genealogía de las clases populares desde perspectivas amplias.

Si definimos a la clase como un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, podemos hablar de experiencia, de un lugar de la clase en las

¹² Hoggart, R. “¿Quiénes constituyen la ‘clase obrera’? y ‘Ellos y nosotros’”, en *La cultura obrera en la sociedad de masas*, Ed. Grijalbo, Barcelona -1971

relaciones humanas. Thompson¹³ dice que la experiencia de clase heredada o compartida, sienta o articula la identidad de sus intereses; están condicionadas por las relaciones de producción en las que nacen de manera involuntaria; y se encarnan en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales como una conciencia de clase. Esta visión nos lleva de ver la clase como una cosa estática a una cuestión de relaciones históricas, y no nos encierra en un criterio donde las acciones de un hombre estén justificadas la luz de una evolución posterior.

2- Competencias culturales en las clases populares, núcleo familiar y cuestión de legitimación.

2.1- La elección de lo necesario : el gusto de ser travesti.

Tomando la definición de Bourdieu¹⁴ de *habitus* como una necesidad hecha virtud en las clases populares; y definición de *necesidad* como la privación de lo necesario, que al mismo tiempo que impone un gusto de necesidad que implica una forma de adaptación a la necesidad y de aceptación de lo necesario. Podemos hablar de una resignación a lo inevitable, una disposición profunda que de ninguna manera es incompatible con una intención revolucionaria. Este gusto por necesidad es básicamente producto de los condicionamientos “normalmente” impuestos a los que están destinados a esta condición. Y este es nuestro punto de partida para empezar a desarrollar la problemática de la homosexualidad en las clases populares, que por una necesidad normativizada debe femeneizarse eligiendo lo necesario para satisfacer un deseo sexual.

La clase social se define también por un habitus de clase que se encuentra asociado a la posición de sus integrantes en las relaciones de producción. Aun la rebelión contra la necesidad, está modelada por la necesidad, y la rebelión modelada por una necesidad es la del cuerpo travesti, que en un principio es el cuerpo biológico de un hombre que quiere ser mujer, pero que a mitad de camino quiebra con ese habitus que dio origen al proceso.

Para Bourdieu el efecto del gusto de necesidad no deja de actuar y, aunque de manera encubierta, su acción se confunde con la de la necesidad, sobreviviendo a la desaparición de las condiciones de las que es producto, e intentando destruir simbólicamente la relación de servicio; y

¹³ Thompson, E. “Prefacio” a *La formación de la clase obrera*, Ed. Penguin, Londres -1980

conjurar así el malestar en que ésta les coloca. El sistema de necesidades implica una coherencia de las elecciones de un habitus. La travesti como tal rompe con el habitus y con el sistema de necesidad al hacerse consiente de lo que es al haberse quedado con un cuerpo que le pertenece, que empieza a descubrir. Al darse cuenta que no necesita ser mujer o disfrazarse como tal (es decir travestirse culturalmente, y biológicamente interviniendo su cuerpo) para satisfacer ese deseo que por su propia condición de clase y los habitus de ésta, le estaba vedado.

Hoy, a diferencia de lo que plantea Bourdieu, los miembros de las clases populares si tienen idea de lo que puede ser el sistema de necesidades de las clases privilegiadas, de manera relativa y a través de la cultura masiva. Las prácticas populares ya no tienen como principio la elección de lo necesario, la necesidad económica y social invita ya no condena a gustos más suntuosos ni menos sencillos; y la elección (el consumo) ya no tienen como co-relato una asignación de la necesidad económica, sino lo que está de “moda”. Sin embargo este no es el caso de lo sexual, de los comportamientos sexuales y las identidades sexuales; puesto que el círculo de virtuosismo, el deber ser y la moral del hombre y la mujer, han sido atravesados por el culturalismo biologicista y el biologicismo culturalista haciendo metástasis en clases altas, medias y bajas, pero si con marcadas diferencias en cada una de las clases de acuerdo a diferentes niveles de aceptación relativa de la diferencia.

Con la cultura masiva de por medio, podemos decir que la travesti no toma la imagen de la mujer de clase popular (su madre/hermanas) para constituir su imagen femenina, sino que lo toma de la mujer burguesa mediatizada, tanto en elecciones estéticas como físicas. Ya nada está determinado sólo por su función (el cuerpo biológico) sino por la construcción mediática del deseo y de lo erótico para el macho (el hombre biológico y cultural) por quien el homosexual de clase baja inicia su feminización.

El universo de lo popular, a decir de Bourdieu, se inscribe en una economía de las prácticas culturales fundadas en la búsqueda de lo “práctico” y el rechazo de las “maneras” y de lo “afectado”, a menor costo, mas beneficio. Esta visión se podría aplicar a la construcción de un cuerpo técnico masculino biológico, intervenido para ser femenino (las siliconas) con sustancias

¹⁴ Bourdieu, P. “La elección de lo necesario”, en *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Ed. Taurus, Madrid - 1979

tóxicas para la salud de la travesti; y que no es por lo “práctico” ni por “menor costo”, sino por una serie de factores como las condiciones materiales de clase que no posibilitan una consulta médica; por el mismo sistema médico de salud que no permite una intervención “legal” de estas características en un cuerpo biológico; y mucho menos por la cristalización moral en la sociedad de lo que es un cuerpo y una identidad masculina o femenina.

La travesti a diferencia de las mujeres (biológicas-culturales) de las clases populares, le conceden más valor e interés a su cuerpo, tanto como las mujeres de otras clases. En las travestis no funciona el principio de conformidad, como única norma explícita del gusto popular, impuestas por las condiciones objetivas, sino que tienen ambición de distinguirse identificándose con otros grupos (los de la cultura masiva quizás), y no hay solidaridad de condición con las mujeres de sus clase desde una visión clásica identitaria de lo femenino en las clases trabajadoras. La cultura masiva saca del realismo a las travestis de clases populares, y al no ser homogéneas a ellas, abre posibilidades de otro lenguaje por su negación al grupo de pertenencia.

Si bien cualquier pretensión en materia de cultura, de lenguaje o de indumentaria está especialmente vedada a los hombres (biológicos culturales) de la clase trabajadora, la búsqueda estética, cosmética y de vestuario está reservada a las mujeres por una representación más estricta que en ninguna otra clase de la división del trabajo entre los sexos y de la moral sexual (biologismo culturalista), y puesto que está asociada a disposiciones y a maneras consideradas como características de los burgueses (culturalismo biologista). A los ojos del hombre masculino biológico y cultural popular, la sumisión a unas exigencias percibidas al mismo tiempo como femeninas y burguesas aparece de alguna manera como el índice de una doble negación de la virilidad (lo masculino), de una doble sumisión que el lenguaje ordinario, que piensa naturalmente cualquier tipo de dominación en la lógica y el léxico de la dominación sexual, está predispuesto a expresar. Vemos como no es sólo en pensamiento donde la oposición entre las clases populares y la clase dominante se organiza por analogía con la oposición entre lo masculino y lo femenino (culturales) según las categorías de lo fuerte y lo débil (cultural-biológico), sino que también en consumos culturales (condicionamientos de clase).

El conjunto de las diferencias constituidas entre los sexos tiende a debilitarse conforme se sube en la jerarquía social. Las mujeres tienden a atribuirse las prerrogativas más típicamente

masculinas (de nuevo lo masculino por sobre lo femenino), por ejemplo en el ámbito del trabajo. Los hombres populares afirman sus intereses y disposiciones de hábitos y consumos diferentes que los de las clases altas, puesto que serían vistos como afeminados por ellos mismo y por los de su clase de pertenencia. A medida que se sube de jerarquía social, se reconoce a la homosexualidad como tal debido a diferentes factores como las competencias culturales de clase, cuestiones culturales como los derechos de las minorías, la moda o el snobismo.

En las clases populares la referencia a la división del trabajo entre sexos que connota la representación de la identidad personal o colectiva (clasificación de labores como masculinas o femeninas) evoca menos la dimensión propiamente sexual de la práctica que las virtudes y capacidades asociadas por estatus diferenciados de los dos sexos, atribuciones naturalizadas como la fuerza o la debilidad, el valor o la cobardía, que a su vez han sido juzgadas valorativamente como positivos o negativos; mas que la potencia o la impotencia, la actividad o la pasividad que al mismo tiempo implican relación de poder y dominación sobre lo femenino.

Habría que preguntarse si la valorización popular de la fuerza física (el cuerpo) como dimensión fundamental de la virilidad y de todo lo que la produce y la sostiene (no hablamos de retraso cultural ni de inercia cultural por aplicación de un esquema evolucionista que permite percibir la manera de hacer o el deber ser, sino de una sobredeterminación cultural-biológica) no mantiene una relación inteligible con el hecho de que la clase popular tenga la particularidad de depender de una fuerza de trabajo que las leyes de reproducción cultural y de mercado reducen a la fuerza física (el cuerpo). Esta instancia culturalizada también viene a ser quebrada por la travesti: ella también trabaja con su cuerpo y en su cuerpo.

Para Bourdiue la virilidad quizás sea el último refugio de la autonomía de las clases dominadas, de su capacidad de reproducir ellas mismas su propia representación del hombre consumado y del mundo social que lo amenaza todas las veces que se pone en tela de juicio la adhesión de los miembros de la clase popular a los valores de la virilidad que constituyen una de las formas mas autónomas de su propia afirmación como clase. El punto decisivo es la relación con su propio cuerpo, que no se captaría como clase sino fuera por la mirada dominante sobre el cuerpo y de sus usos. La dominación de lo femenino, de lo que no es masculino cultural ni biológico en la clase popular esta destinado a ser rechazado, denigrado y desvalorizado solo por una afirmación de

clase. Sin embargo la travesti quiebra esta identidad al insertarse en un mercado laboral que las reposiciona a los ojos de sus pares masculinos desde una perspectiva económica, convirtiéndolas en únicas sostenes de muchas familias pobres argentinas. Desde esta perspectiva podemos afirmar que el travestismo puede crearse como nueva propiedad positiva, es mas, lo hace (travesti igual sostén familiar) para la clase popular, pero es condenada por la clase dominante en un acto moralizador, que llega a la clase popular y no permite una recuperación colectiva de la identidad social como clase en una igualdad de géneros que respete lo femenino y reconozca un tercer género indefinido.

El estilo de vida de las clases populares se caracteriza por la presencia de sustitutivos en rebajas de muchos de los bienes “cultos o suntuosos” (a veces no hay sustitutos sino presencia real de los bienes, por la influencia de los medios masivos). Al no poseer el capital cultural incorporado como condición para la apropiación adecuada del capital cultural objetivado en los objetos, la clase popular está dominada por los bienes simbólicos a los que sirven y no de los cuales se sirven. La privación se percibe como una mutilación esencial, que alcanza a la persona en su identidad y en su dignidad (de hombre/mujer/travesti) condenando el silencio en todas las situaciones oficiales, en las que es preciso aparecer en público con su propio cuerpo, sus propias maneras, su propio lenguaje.

La travesti como sujeto popular solo pertenece y es posible en y por las condiciones de clase, por lo que es posible afirmar que la travesti como la entendemos desde esta perspectiva no es propia de otras clases sociales. La adaptación a una posición dominada implica una forma de aceptación de la dominación y los efectos de movilización política en si misma no son suficientes para contrarrestar por completo los efectos de la inevitable dependencia de la estima de sí con respecto a los signos del valor social que son el estatus profesional y el salario a los que puede llegar aspirar una travesti que se politiza para pelear por derechos de identidad, clase e inclusión social como ciudadana.

2.2- Cuestión de clases y legitimación. Concentración de poder cultural en los medios.

“El capital tiene interés en la cultura de las clases populares (en todas sus formas) porque la constitución de todo un orden social requiere de un proceso continuo, de reeducación” dice

Hall¹⁵, por lo que a través de lo masivo, coopta las formas culturales menos aceptadas: la homosexualidad.

La idea de "Cambio cultural" dice Hall, es un eufemismo cortés que disimula el proceso en virtud del cual algunas formas y prácticas culturales son desplazadas del centro de la vida popular, marginadas activamente, para que otras puedan ocupar su lugar y ser consumidas en los medios masivos. La cultura popular es el terreno sobre el que se elaboran las transformaciones. La imagen femenina del ser travesti, fue durante 2004, reconfigurada y librada de todo conflicto para ser llevada a la televisión en una telecomedia familiar en horario central en un canal cuyo perfil esta orientado a la familia "clásica" argentina¹⁶.

La prensa liberal de la clase media destruye y margina toda expresión popular, y al erigirse el público de masas su inserción social solamente es comercial; y la constitución de una prensa popular, organizada por el capitalismo para la clase baja, con la facultad de representar la clase ante sí misma en sus formas más tradicionalistas, muestra solo a las travestis en estado de prostitución como lo escandaloso en la vía pública, lo inmoral. Dos formas de ser travesti reflejadas en los medios masivos.

Hall habla de la concentración del poder cultural en las industrias culturales como el poder efectivo que éstas tienen para adaptar y reconfigurar constantemente lo que representan; y mediante la repetición y la selección, imponer e implantar aquellas definiciones de lo que se presume representar que más fácilmente se ajusten a las descripciones de la cultura dominante o preferida por ella. Estas definiciones ocupan y adaptan las contradicciones interiores del sentimiento y la percepción de las clases dominadas, encuentran o despejan un espacio de reconocimiento en aquellas personas que respondan a ellas. La dominación cultural surte efectos reales, aunque éstos no sean omnipotentes ni exhaustivos y sobre todo con los sectores marginales que buscan una

¹⁵ Hall, S. "Notas sobre la deconstrucción de lo popular", en Samuels, R. (Ed.) *Historia popular y teoría socialista*, Ed. Crítica, Barcelona - 1984

¹⁶ Hago referencia al programa de televisión "Los Roldán", emitido durante 2004 de lunes a viernes por el canal 11 de la Ciudad de Buenos Aires, TELEFE, en el cuál una de sus protagonistas era una travesti, Florencia de la V. EL personaje interpretado por la travesti se llamaba Laisa, que era el hermano homosexual que se travestía del protagonista de la telecomedia. La comedia giraba en torno a las vivencias de una familia de clase media baja argentina, popular, pero que la misma ficcionalización se encargaba de borrar todo tipo de conflicto de clase, social y económico, y se centraba en las relaciones interpersonales y amorosas entre los integrantes de una familia pobre y una familia rica.

identificación. Hay una lucha continua y desigual, cuyo propósito es desorganizar y reorganizar la cultura popular, encerrar sus formas en las formas dominantes. Hay puntos de resistencia, y puntos de inhibición: la dialéctica de la lucha cultural que cuando toma elementos de lo marginal y lo transforma en producto televisivo le saca todo conflicto posible mostrando “novedades” que en realidad no son tales. Los actores de las clases populares se ponen en contacto con una mutación de ellos mismos, que han sido depuradas por diferentes mediaciones, y lo que aparece en la televisión y que tiene alto nivel de audiencia, son cuestiones que en la vida real ya han sido aceptadas por diferentes motivos en el seno de las familias de clase populares. Los medios lavan la cotidianidad de las clases populares para llevarlas a la televisión.

Los medios reconfiguran elementos populares y los convierten en una especie de “populismo demótico enlatado y neutralizado”. Lo popular, dice Hall, consiste en las fuerzas y las relaciones que sostienen la diferencia entre lo que en un momento dado cuenta como actividad cultural o forma de elite, y lo que no cuenta como tal, y se necesita una serie de instituciones y procesos institucionales para sostener a cada una de ellas y para señalar continuamente la diferencia entre ellas. Por ejemplo el movimiento por la identidad gay en Argentina tiene personería jurídica, y a las travestis por una cuestión de “buenas costumbres”, no les ha sido contemplada siquiera la posibilidad de otorgarles una instancia jurídica para constituirse como persona legal. Acá vemos como diferentes actores de lo social van distinguiendo la parte valorada de la cultura de la parte sin valor; y son las relaciones de poder que constantemente puntúan y dividen el dominio de la cultura en sus categorías preferidas y residuales. Se institucionaliza el movimiento gay con una Ley de Unión Civil en la ciudad de Buenos Aires, y se persigue a las travestis en estado de prostitución por cuestiones morales, criminalizando la prostitución y la protesta social y callejera a través de un Código Municipal de Contravenciones¹⁷.

La relación entre cultura y las cuestiones de hegemonía cultural varían con el tiempo. El significado de una forma cultural y su lugar o posición en el campo cultural no se inscribe dentro de su forma, ni su posición es siempre la misma. Podemos observar como en 2005 el movimiento gay

La travesti Laisa era presentada como un ser sin sexualidad activa, sin conflictos y construida como mujer femenina cultural.

¹⁷ Código municipal de convivencia de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, votado por la Legislatura de la ciudad en 2004, que criminaliza la protesta en espacios públicos, condena la prostitución, pero al mismo tiempo tiene un artículo que pena la discriminación sexual o de género.

está des-marginalizado, y como las travestis se han convertido en sostén de las familias, sus familias de clase baja.

*“El significado de un símbolo cultural lo da en parte el campo social en el que se incorpore, las prácticas con las que se articule y se le haga resonar”*¹⁸. La travesti incorporada a la televisión, al showbusiness; y mediatizada pierde todo tipo de conflicto social y de clase que la lleva a estructurarse como tal, y solo queda la imagen de un ser femenino que tiene las características de la mujer cultural que erotiza al hombre biológico masculino cultural. Lo que cuenta es la lucha de clases en la cultura y por la cultura.

La clase gobernante se esfuerza por impartir un carácter eterno, supraclasista, al signo ideológico, para extinguir o empujar hacia adentro la lucha entre los juicios de valor social que se libra en su interior, para quitarle acento, dice Hall, puesto que las rupturas culturales de hoy pueden recuperarse para apoyar el sistema de valores y significados que domine mañana como sucedió con el movimiento gay que dejó de ser revolucionario al institucionalizarse, y varias ocasiones se enfrenta a los reclamos sociales de las travestis; y como sucedió con la travesti mediatizada a quien se le han borrado su gama de conflictos.

En la lucha cultural es importante observar la crítica a la que someten los actores del conflicto al complejo ideológico dominante como los primeros representantes de una nueva fase histórica. Esta lucha hace posible un proceso de diferenciación y cambio en el peso de los elementos de las antiguas ideologías encarnadas en el círculo de virtuosismo, y pasa al frente como nuevo núcleo ideológico lo secundario, pero que es resignificado por los medios. La antigua voluntad colectiva se deshace en sus elementos contradictorios dado que los elementos subordinados se desarrollan socialmente.

La relación entre posición histórica y valor estéticos es una cuestión importante y compleja en la cultura popular puesto que la cultura de los oprimidos, de las clases excluidas, es el campo a que nos remite el término “popular”. Alude a la alianza de clases y fuerzas que constituyen las clases populares, que se diferencia y se enfrenta al bloque de poder, al otro estrato de alianzas de clases e intereses que constantemente están cooptando a los actores en conflicto con la cultura

hegemónica para cambiarles el signo y borrar ese conflicto, tal como lo hicieron con el movimiento gay; pero a diferencia de éste, las travestis expresan el conflicto en su cuerpo, que es visible y que constantemente están diciendo presente y quebrando lo “normal”.

3- La travesti como fuente económica y la construcción del espacio simbólico.

3.1- Economía travesti y valores de mercado.

A raíz de un Trabajo de Investigación realizado en la Ciudad de Salta durante Agosto de 2004¹⁹, que consistía en entrevistar chicas travestis y realizar encuestas sobre VIH-Sida y sexualidad muchas travestis encuestas se refirieron a un pseudo “mercado negro” de travestis que emigran a Europa en busca de mejores “condiciones labores”, pero que en realidad no son mejoras cualitativas sino cuantitativas ya que se prostituyen por euros.

La situación concreta es la existencia de toda una red de travestis que manejan el traslado y ubicación de las chicas travestis desde el interior del país, pasando por Buenos Aires hasta Europa. Otra red que existe y es manejada por travestis también; es la de colocación de siliconas, con sede en Buenos Aires, pero que es itinerante, ya que viaja a diferentes ciudades del interior del país.

En una entrevista con una travesti activista²⁰ que lucha por la *descriminalización* del travestismo y contra la explotación sexual a la que se ven obligadas en un contexto cultural y social capitalista y *heteronormativista*, pude acercarme a esta realidad productiva de la travesti como prostituta.

Podemos decir *que* uno de los orígenes de la prostitución de la travesti está directamente relacionado con el desarraigo social, tanto de las instituciones sociales como de los grupos de pares y la familia, que siendo nativas de pueblos chicos, emigran a puntos altamente urbanizados, puesto que el travestismo en las ciudades es mucho más permeable. Deslucidar subjetivamente si la

¹⁸ Hall, S. Ibid. Pag. 104

¹⁹ Trabajo de Encuestas realizadas en diferentes ciudades de Argentina para relevar la población Travesti de acuerdo a sus prácticas sexuales, prostitución y VIH-Sida. Trabajo de investigación de Nexo Asociación Civil, Buenos Aires Argentina, 2004

²⁰ Marlene Wayar de 37 años; coordinadora de “Futuro Transgénico”, una asociación por la lucha de la Identidad Transgénica (travesti, transexuales, intersexuales)

prostitución es una elección o no, es una cuestión difícil de desentrañar. Muchas veces la elección de una pareja sexual es una elección que difiere de un deber ser y que un núcleo de clientes bien pagos es excepcional y difícil de abandonar.

La entrevistada planteó que si una travesti tuvo capacidad para saber manejar el dinero, la prostitución es comparable a la profesionalización de una bailarina o una tenista; cuyas profesiones tiene un periodo corto de vida. Las travestis quedan afuera del circuito económico al no saber como manejarse en el mercado, al no tener perspectiva de futuro. La madurez muchas veces trae otros deseos y placeres como la pareja o la maternidad; y que no suelen tener una correspondencia con el uso de un cuerpo público. Desde una perspectiva sociológica se puede decir que la travesti como fuente económica reconstruyó el lazo familiar como sostén de la familia en una situación social general con alta tasa de pobreza en Argentina. La travesti marginada de su entorno, gana poder al proveer de dinero a la familia; y se convierte en un referente económico de la familia. La revalorización de la travesti es productiva para la familia; en donde cae el machismo popular frente a este nuevo vínculo de sostén económico.

El valor de mercado impone y la emigración travesti es una migración paralela a la huida masiva del país de muchos argentinos, que se van para ser explotados en Europa por otros argentinos.

Con respecto a los implantes de siliconas, no solo el mercado manda, sino que también el modelo de cuerpo que impone lo culturalmente, y este cambia con el tiempo. En Argentina no existen leyes que legislen sobre la colocación de prótesis de siliconas; pero las competencias culturales que condicionan a la travesti no permiten que esta se realice una intervención quirúrgica legítima. En las clases bajas el asesoramiento con respecto a la colocación de prótesis se da entre pares; a diferencia de lo que puede llegar a ser en las clases medias o altas, donde es posible recurrir al médico de la familia puesto que en estas clases el estatus socioeconómico lo permite. Si bien se permite un asesoramiento pago, éste nunca es legítimo por la situación cultural del travestismo. Sólo las personas transexuales que por lo general pertenecen a la clase media alta pueden pasar por un proceso judicial para intervenir su cuerpo biológico; peor para hacerlo deben declararse construidas como mujeres culturales desde una perspectiva psicologista, para recién construirse como mujeres biológicas. Vemos como el biologicismo culturalista se expresa a través

de la psicología. Es importante aclarar que desde nuestro punto de vista, y por la manera de abordar la problemática del transgénero, una Travesti y una transexual no es lo mismo, principalmente por cuestiones de clases, pero también por la manera de construcción de una identidad transgénerica.

En las clases altas el travestismo suele estar frustrado, puesto que se deja de lado la transgenerización, la feminización del cuerpo para la intimidad sexual, priorizando un estatus social de clase debido a la valorización negativa (y repudiada) de casos de este tipo en el imaginario social clasista.

La travesti como sujeto popular no tiene un lugar propio, sino que lo construye a partir de un espacio que es vivido: la calle. En sus prácticas resignifican el espacio y el tiempo apoyados en una visibilidad liberadora de un cuerpo grotesco.

3.2- Sociabilización de los sexos y desviación sexual.

La sexualidad no es algo natural ni tampoco esta determinada biológicamente; sino que se construye una identidad de género que es cultural e histórica. La sexualidad cumple con una función social en el sistema social establecido, es reproductiva y conservadora. Las diferencias entre hombre y mujeres surgen de la sociabilización, es decir de la culturización del individuo mediante las identidades de lo masculino y lo femenino (géneros) que se cristalizan en cuerpos biológicos.

El deseo heterosexual se construye socialmente como norma, y la sexualidad cultural se transforma en una estrategia social que permite controlar el deseo erótico al mismo tiempo que lo genera a través de una imagen mediatizada. Es por ello que surge el conflicto cuando ciertos individuos se escapan del orden hetero-normativo.

La heterosexualidad como construcción histórica ha sido universalizada y naturalizada borrando el origen de esa construcción histórica social producto de la moral judeocristiana que se sedimentó con revolución industrial y el romanticismo. El estilo de vida dominante explica el mundo de los deseos muchas veces desde la ciencia, y garantiza la estabilidad de un orden social

intocable. Desde un culturalismo biologicista se pasa a un biologicismo culturalista a lo largo del siglo XX.

La institucionalización del matrimonio redujo las interrelaciones humanas al coitocentrismo reproductivo; y ubicó a lo femenino como subalterno desde una perspectiva misógina y sexista, al mismo tiempo comprometiendo a todo el cuerpo como lo sagrado y des-sexualizando a los niños, o heteronormativizando el desarrollo de su sexualidad.

Podemos decir que en la actualidad el travestismo está transitando de la desviación sexual a una forma de “cultura” o subcultura, politizándose y tratando de ganar un espacio propio, desarrollando un discurso propio y conformando organizaciones políticas al igual que lo hizo años antes el movimiento gay; pero que al integrarse al sistema aceptando sus normas o imitándolas, perdió toda fuerza revolucionaria. Los intentos que realizan los movimientos travestis por integrarse son fallidos, puesto que su misma condición de trans-géneros los coloca como lo extremadamente diferente ante los ojos de las normas bi-sexistas instituidas socialmente. Las travestis son rechazadas en y desde todas las construcciones sociales, desde lo moral, lo normativo, lo cultural. Son excluidas por todas sus condiciones sociales, económicas y sexuales. Esta fuerza de quiebre total hace al movimiento de travestis revolucionario.

Desde una perspectiva de clase, el poder económico que gana la travesti al prostituirse en un contexto de alta exclusión laboral en la Argentina de 2005, quiebra el modelo heterosexista en el que se asienta la cultura popular asociado al trabajo asalariado. La travesti no es reproductora ni reproductiva, no es masculina, muestra una nueva forma de expresión del deseo y de la práctica sexual, y recupera lo femenino como construcción social desde el margen siendo liberadora de la dominación a la que está sometida lo femenino como género y sexo.

La masculinidad cultural se ha convertido para el hombre heterosexual, para la mujer heterosexual, y para el hombre homosexual en el modelo del “deber ser” al que debe adecuarse. La mujer homosexual en su carácter de mujer biológica y cultural al mismo tiempo que queda por fuera de este modelo, es invisibilizada por completo por lo que su dominación es absoluta.

Por el integracionismo al sistema social binario y excluyente de los sexos y los géneros; los movimientos de identidades sexuales pudieron ser “controlados” al integrarse a la normas. Sin embargo esto no sucede con el travestismo, pues este rompe el modelo binario masculino-femenino tanto en lo biológico como en lo cultural. El cuerpo travesti no se ajusta a las normas impuestas por las cuales el travestismo se ha materializado, así como también le escapa y pone en crisis al lenguaje que performa una identidad al no encuadrar ni en el género masculino ni en el género femenino. El travestismo no es reducible a un concepto, necesariamente debe ser descripto al mismo tiempo que explicado.

Si tomamos como ejemplo de integracionismo la movimiento gay, podemos observar como el binarismo heterosexual/homosexual y masculino/femenino, permanece en las mismas condiciones que en el modelo heterosexual que margina y agrada a lo femenino y los roles sociales y sexuales que este tiene como correlato social asignado. El mercado y la sociedad han impuesto modelos sociales del ser gay, y los medios lo transmiten puesto que hoy ser gay vende. Hoy todavía la travesti escapa este circuito, porque su imagen no es plausible de ser vendida como algo positivo ha ser “consumido”; puesto que la travesti es un todo, pero principalmente un cuerpo. La negación y la negativización del ser travesti hace que no se construyan como legítimas, ni como ciudadanas. La travesti como sujeto popular está por fuera de toda norma, es un ser no-social que sólo es funcional mientras permanezca oculto en un sociedad machista, con doble moral y reprimida sexualmente como lo es la sociedad argentina.

4- El cuerpo travesti: el cuerpo del delito

4.1- La prostitución; ¿táctica o estrategia?

Michel De Certeau²¹ plantea que hay diferentes combinatorias operativas que componen una cultura, que hacen que lo cotidiano se invente de diversas maneras y desde múltiples perspectivas; y estas combinaciones aparecen en las diferentes maneras de emplear el capital simbólico impuesto. Podemos pensar a la prostitución callejera como un procedimiento popular que juega con los mecanismos de la disciplina social; como una práctica a través de la cual el dominado (la travesti)

²¹ De Certeau, M. “Introducción”, “Culturas Populares” y “Valerse de usos y prácticas”, en *La Invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana, México - 1996

se reapropia del espacio organizado por los técnicos de la producción sociocultural. La prostitución como práctica cultural pone en juego una forma de pensar desde una manera de actuar en el espacio social delimitado, gracias también a las filtraciones del poder, donde las autoridades encargadas de mantener el orden establecido (la policía) hace posible la visibilidad de la práctica. Se articulan conflictos y tensiones temporales, en las cuales el débil, en la practica cotidiana se las ingenia para sacar ventajas del fuerte; y muchas veces esto lleva a una politización de las practicas culturales.

De Certau define a la **estrategia** como un cálculo de relaciones de fuerzas que se vuelve posible a partir del momento en que un sujeto de voluntad y de poder es susceptible de aislarse en un ambiente, un lugar propio y luego servir de base a un manejo de sus relaciones con una exterioridad. Un claro ejemplo es el movimiento gay que de cierta manera ha conseguido legitimarse, y sirve como base para otros movimiento de lucha por la identidad sexual.

Por otro lado, define **táctica**, al cálculo que no puede contar con un lugar propio, ni con una frontera que distinga al otro como totalidad visible. No tiene mas lugar que el del otro, se insinúa fragmentariamente sin tomarlo en su totalidad, sin poder mantenerlo a distancia. No dispone de una base donde capitalizar sus ventajas, preparar expansiones y asegurar una independencia en relación con las circunstancias. Depende del tiempo y juega con los acontecimientos. Es claro que la travestí como sujeto popular se encuentra de este lado; sin embargo la racionalidad política que empieza a tomar forma en las travestis activistas politizadas y la *economía travesti*, ubican a este sujeto popular en el centro de la tensión entre un espacio estratégico y un espacio táctico: la calle.

Las prácticas del espacio que se cristalizan en las maneras de frecuentar un lugar, de una experiencia repetida, vivida; permite reintroducir en el sujeto popular una movilidad plural de intereses, que a su vez se convierten en resistencia a la ley histórica que lo reprime; y pone en jaque a las legitimaciones dogmáticas plasmadas en el circulo de virtuosismo

Los discursos plasmados tanto en el culturalismo biologicista como en el biologicismo culturalista deben cometer lo que la sociedad les pide: ocultar lo que se pretende mostrar por fuera del circulo de virtuosismo. La sociedad es un niño, la gente, al cual conviene mantener en su pureza original, preservándolas de las malas lecturas, de las malas relaciones, de las escenas públicas

obscenas; a pesar de que los “aficionados” esclarecidos; los que saben de que se trata pero están moralmente reprimidos, puedan hacer uso de esos cuerpos marginados para el resto.

El travestismo quiebra las connotaciones ingenuas del término popular asociado a lo natural, lo espontáneo, lo verdadero. El lenguaje del sexo y la sexualidad expresada en el cuerpo, puede ser el último recurso de una cultura que ya no puede expresarse y que debe callarse para pertenecer a un orden social histórico. La sexualidad corpórea no es la misma sexualidad de la imagen, la de los medios que ha desplazado tanto a la religión como a la psicología como paradigma dominante dentro del mismo círculo de virtuosismo, que te muestra pero que no te permite tocar. El travestismo retrotrae a la “civilización” la sexualidad como cuerpo presente, de un cuerpo grotesco, con violencia y popular; elementos que habían sido borrados de la cultura adulta civilizada.

El travestismo es popular porque trae y hace presente en su cuerpo el conflicto. El conflicto de clase, de género, de lenguaje. Por esto el acto político del cuerpo travesti, que no es lo mismo que politizarse en un partido, puede reivindicar a toda una cultura y cuestionar todos los repartos instituidos; porque quebrando el lenguaje instalado para nombrar lo que está negado pero está ahí a la vista es un buen comienzo.

El cuerpo travesti supera al concepto de resistencia culturalista; lo quiebra, porque el travestismo puede existir, y existe como real por fuera de una cultura dominante que lo reprime, porque el cuerpo ha sido apropiado por la misma travestí; que si bien es presa de una dominación simbólica puede ser liberada en un acto de concientización. Una travesti no es invisible a ningún ojo cultural.

5- Esbozo de una conclusión.

5.1- El travestismo: ni esencia ni sustancia, una práctica.

Mucho se ha hablado sobre el travestismo en la televisión, de la travesti como parte protagónica del showbusiness debido a la hipérbole de los rasgos sexuales femeninos en el cuerpo travesti. Se piensa que el hecho de una travesti aparezca en la televisión, permite hablar de

travestismo independientemente del trabajo sexual en las calles y sin referirse a la prostitución de las mas pobres e indefensas social y culturalmente.

El travestismo inserto en un mercado simbólico televisivo encuentra su lugar gracias al y por el machismo, como expresión de éste. La supuesta imitación de un cuerpo femenino para un mercado simbólico televisivo pone de manifiesto el lugar que tiene asignada la mujer biológica-cultural en la sociedad argentina. La mujer es mujer por sus pechos y sus caderas, lo biológico llevado a lo cultural, pero no se habla de genitalidad; es un culturalismo biologicista puro. Esto nos lleva a preguntarnos: si una mujer no tiene pechos, ¿no es mujer (biológica)?; y ¿una vagina hace a una mujer (cultural)?

El travestismo no es mero disfraz, volvemos a la problemática del lenguaje; y no puede ser fingido. El cuerpo travesti es un cuerpo indefinido, de incertidumbre; por lo que no se puede afirmar cual es el ideal de un cuerpo travesti o travestido, sino en cada caso particular. La modificación y la intervención técnica en el cuerpo no determinan la identidad Travesti; si como se la conoce socialmente sobredeterminada por lo cultural por sobre lo biológico; y esto nos lleva nuevamente al lugar del cuerpo femenino en la cultura. La imagen de una travesti de showbussines, es una imagen ya conocida, la imagen de una vedette, de un cuerpo histórico, un cuerpo deseado; pero sólo alcanzable mediante el dinero.

La travesti como sujeto popular es propia de la clase baja; es marginal y se prostituye al tiempo que se construye como tercera identidad, ni femenina ni masculina, ni cultural ni biológica. No es ciudadana, pero no es invisible. En las clases medias una travesti se construye como mujer cultural escondiendo el conflicto de la trasngenerización, y en la clase alta el sujeto transgénerico se transgeneriza cultural y biológicamente: es transexual.

La travesti como sujeto popular, y en la que la prostitución se construye como práctica popular; despliega una dialéctica de la pertenencia al grupo, dejando de pertenecer por quebrar todas las normas y competencias culturales establecidas, y al mismo tiempo re-incluyéndose en una posición por sobre los lugares genéricos pre-establecidos en la clase al ser fuente y sostén económico del núcleo familiar.

Por esto decimos que la capacidad para constituir clases e individuos como fuerza popular es la naturaleza de la lucha política y cultural que puede emprender un sujeto popular como la travesti, convirtiendo a las clases divididas y a los pueblos separados en una fuerza cultural popular y democrática; y que en la Argentina de 2005 la expresión de este *construyendo* está en las calles, en la protesta cotidiana contra las condiciones materiales de existencia. -